



Blanco, Alejandro

Iain Chambers, Migración, cultura, identidad,  
Buenos Aires, Amorrortu editores, 1995, 201  
páginas.



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Argentina.  
Atribución - No Comercial - Sin Obra Derivada 2.5  
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/>

Documento descargado de RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes de la Universidad Nacional de Quilmes

*Cita recomendada:*

Blanco, A. (1996). Iain Chambers, *Migración, cultura, identidad*, Buenos Aires, Amorrortu editores, 1995, 201 páginas. *Revista de ciencias sociales*, (4), 234-239. Disponible en RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes <http://ridaa.unq.edu.ar/handle/20.500.11807/1430>

Puede encontrar éste y otros documentos en: <https://ridaa.unq.edu.ar>

amenaza con destruir todo lo que tenemos, todo lo que sabemos, todo lo que somos". Entre los valores, las construcciones, las contradicciones modernas y su crisis posmoderna, el texto llama a

reposicionar a la filosofía frente a la incertidumbre. Después de todo, todavía hoy, gozamos de esa *culpable incapacidad*.

*Marcelo Alberto Barbuto*

**Iain Chambers,**  
***Migración, cultura, identidad,***  
Buenos Aires, Amorrortu editores,  
1995, 201 páginas.

### **La otra orilla**

Multiculturalidad, globalización, migraciones, dislocamiento: he ahí algunos términos de un vocabulario con que frecuentemente suelen describirse los procesos sociales y culturales por los que atraviesan actualmente tanto los países de la periferia como los del centro. A modo de escenarios multiétnicos, tramados por lenguajes, hábitos sociales y culturales de inscripción histórica diferente, el espacio metropolitano presenta las características de un territorio de la mezcla, de tradiciones que se cruzan y se funden en nuevos elementos, de procesos de hibridación, de identidades en continua reformulación y de ciudades cuyos ejes tradicionales de centro y periferia se desplazan de forma permanente. Elementos arcaicos

entran en conexión no sin conflicto con elementos residuales y emergentes, configurando así un paisaje social y cultural de límites borrosos e inestables.

Pero también, y en un movimiento que sólo en apariencia resulta paradójico, a este mayor grado de flexibilización de las identidades, a este acentuado peso que adquieren las mezclas y las hibridaciones frente a la estabilidad y resistencia de viejas tradiciones, se superpone el retorno a ideologías neo-nacionalistas, en un proceso que podría caracterizarse como de endurecimiento de identidades tradicionales. En un escenario caracterizado por la crisis de los valores universalistas, no sorprende que ciertos grupos sociales se replieguen, como salida al dislocamiento de sus identidades, en aquellos valores de carácter más arcaico, como la tierra, la sangre o la tradición. El movimiento de la globalización, al poner en crisis antiguas tradiciones y lealtades, modos de

vida y valores particulares. encuentra en el retorno a las ideologías de la "autenticidad" un principio de respuesta que resulta tan cuestionable como comprensible. En un conflicto que, para decirlo rápidamente, parece enfrentar cultura y mercado, el optimismo globalizador ha encontrado en la cultura resistencias acaso insospechadas. Se abre así un interrogante que podría formularse del siguiente modo: la globalización económica y el tradicionalismo cultural vía neonacionalismos, ¿constituyen fenómenos contradictorios o, por el contrario, fenómenos complementarios? Podría decirse, retomando una expresión de Richard Sennett, que los conflictos identitarios que sacuden actualmente a las sociedades de este fin de siglo enfrentan a la antropología con la política. En este sentido, allí donde las definiciones de la identidad sean capturadas por el élan neonacionalista habrá triunfado la antropología: la identidad quedará así referida a las costumbres, hábitos y rituales de una determinada etnia o nacionalidad. Por el contrario, donde la identidad se perciba como un proceso de autodeterminación, y sea recortada exclusivamente sobre la base de una definición constitucionalista o de ciudadanía formal, la balanza se inclinará del lado de la política.

Las migraciones y su impacto

socio-cultural constituyen la problemática de fondo del texto de Chambers. En efecto, más que un atributo de la estadística, la demografía social o la sociología de la poblaciones, el migrante se ha transformado actualmente en una categoría cultural. Objeto de innumerables trabajos dentro de la familia disciplinaria de los estudios culturales, es convocado o bien como especie ejemplar de una condición identitaria fronteriza, o bien para exhibir el carácter contingente y precario de las identidades sociales. De un modo u otro, el reconocimiento de la condición del migrante ha provocado en el debate contemporáneo un replanteamiento del concepto de identidad.

De este contexto participa *Migración, cultura, identidad*. En su libro, Iain Chambers propone a la vez que una descripción del impacto cultural de los procesos migratorios, un registro de las transformaciones de los principales conceptos de las ciencias sociales. Especialmente, el texto refiere a la crisis del concepto de "nativo" en la antropología a partir de la crítica de inspiración posmoderna; a la crítica de un concepto sustancialista de sujeto e identidad tanto en filosofía (Ricoeur, Levinas, Derrida) y filosofía política (Laclau, Rorty, Walzer) como en la crítica cultural (Said, Paul de Man, Franco Rella); y, por último, a la crítica de la

concepción del tiempo lineal y progresivo.

"Un límite no es aquello frente a lo cual algo se detiene; como lo reconocieron los griegos, el límite es aquello a partir de lo cual algo empieza a manifestar su esencia. Por eso, el concepto es el de Horismos, es decir, el horizonte, la frontera".

Esta cita de Martin Heidegger, que Chambers coloca al final de uno de los capítulos, resume bien lo que a título provisorio podríamos denominar como el nuevo canon de la crítica contemporánea. En efecto, de una o de otra manera, tanto en las teorizaciones de los críticos "poscoloniales" (Homi Bhabha, Edward Said) como en la crítica de inspiración deconstruccionista, la noción de límite en cuanto tal se ha convertido en la categoría de interrogación predilecta; en estas perspectivas, la identidad de un texto o de una colectividad ya no reside en alguno de sus atributos concebido a la manera de una esencia o sustancia ahistórica sino en el espacio de las relaciones conflictivas que establece con aquello que habita del otro lado del límite. Chambers escruta estas "condiciones limítrofes" en la figura característica del mundo globalizado: el "extranjero". Si a lo largo del último siglo y medio, los personajes del burgués o el proletario capturaron la imaginación de novelistas y sociólogos, en esta última mitad

del siglo "el extranjero" ha alcanzado los perfiles de una entidad tan frecuentada como esquiva. Nuevo y típico habitante de los paisajes metropolitanos, el extranjero exhibe los rasgos de una identidad dislocada, atrapada en temporalidades disímiles, abierta a todas las influencias; en tanto entidad cultural, la figura del migrante o del "extranjero" a la vez que desmiente los esencialismos en los que tradicionalmente se pretendía encerrar su identidad, abre un espacio de problematización de esta última categoría en tanto ya no puede pensarse bajo la forma de una predeterminación (de clase, étnica, etc.) sino como resultado de un proceso cuyo comienzo y término se halla en todas partes y en ninguna.

Ciertamente, el de Chambers es un libro extremadamente heterogéneo. Cercano al ensayo, cortado por momentos con referencias autobiográficas, en él se entrecruzan testimonios de escritores, artistas, "hombres comunes" y viajeros diversos que proveen al libro de una estructura y una configuración multiforme a la vez que polifónica. El de Chambers es un texto permanentemente interrumpido por el procedimiento de la cita; dispone sobre la página una multiplicidad de voces en un gesto —es de presumir— que pretende mostrar los límites imprecisos de la identidad de su propio texto, la

frágil frontera que separa lo propio y lo ajeno. En esta medida, se revela como la propia metáfora de aquello que describe.

Colocado en el contexto de la revalorización de la narrativa, el libro expone, decíamos, las principales transformaciones operadas dentro del campo de las ciencias sociales durante los últimos años. Detengámonos un momento en algunos de sus aspectos centrales que, sin perjuicio de su amplitud y complejidad, podrían resumirse en la expresión "giro hermenéutico o interpretativo" acuñada por Clifford Geertz hace algunos años. Con ella el antropólogo norteamericano aludía al progresivo desplazamiento en la intelección de la conducta humana de aquellos esquemas que pretendían explicarla a partir de la formulación de determinadas leyes por otro que persigue, en cambio, interpretarla a partir de la reconstrucción de los contextos particulares y contingentes en los que aquélla tiene lugar. Más atenta entonces a las fulguraciones del sentido encerradas en formas y modulaciones diversas de un relato que a las curvas estadísticas, las frecuencias y las proporciones, las ciencias sociales comenzaban de esta manera a reconocer en la narrativa un campo de interrogación e interpretación de la acción humana tan sugerente como novedoso. Pero lo más significativo

de esta revalorización de la narración como de la interpretación en el universo de las ciencias humanas ha residido, a juicio de Chambers, en una saludable problematización del punto de vista monológico propio de la actitud científica tradicional. En efecto, si la legitimidad de este último se afirmaba en la convicción de la existencia de una racionalidad trascendente a los actores, absolutamente representable aunque sólo lo fuera en la mente del científico, la crítica de dicha noción de racionalidad ha puesto en duda la posibilidad de un punto de vista semejante. La racionalidad, podría decirse, ha pasado la prueba de su carácter "mundano", pero no porque se haya tornado menos opaca y ambigua para los propios actores; sino porque, en rigor de verdad, esa mundanización ha significado un enorme costo para el propio científico, que ha debido resignar antiguos y nada despreciables privilegios: entre ellos, el de tener acceso a un punto de mira que le proporcionaba la posibilidad de una visión de la totalidad social. A la luz de estos cuestionamientos, las nuevas preocupaciones que emergen son de orden cognoscitivo como marcadamente ético. Dispuestos a confiar la palabra (y el sentido) a los actores, ¿cómo hacer hablar al otro?, ¿qué significa dejar de hablar en nombre de otro y "dar la palabra al otro"?

Por cierto, esta renovada

confianza en la capacidad de los actores de alcanzar el sentido de sus propias acciones, expresada en la premisa, algo curiosamente imperativa, de "dejar hablar al otro", no deja de ser problemática. Más que una solución, ella sugiere una serie de nuevos interrogantes. ¿Hasta qué punto el otro en "su" palabra se relaciona de una manera, no digamos transparente, sino no-distorsionada consigo mismo?: y asimismo, la construcción de una razón dialógica, ¿es algo más que una expresión de deseos? Presionada por estos interrogantes las ciencias sociales buscan una respuesta a una crisis que con acierto el autor califica como "crisis de enunciación".

Ahora bien, Chambers sugiere que la dirección de una posible respuesta a estos interrogantes debería buscarse en el horizonte o en la constelación teórica de lo que hoy comúnmente conocemos como "estudios culturales". Ciertamente, la flexibilidad disciplinaria propiciada por dicha nomenclatura le proporciona al analista cultural la posibilidad de desplazarse por los textos sin mayores protocolos de lectura. De esta manera se desplaza el mismo Chambers y, hay que decirlo, con admirable desprejuicio. En efecto, en su libro Levinas y Heidegger, Said y Derrida, Benjamin y Nietzsche, Williams y De Certeau, para nombrar sólo algunos, se dan cita en un diálogo que no deja de ser

fecundo y productivo. Chambers avanza por esa selva de textos cortando y rearmando una genealogía para un campo disciplinario ya no muy reciente pero con enorme legitimidad y prestigio. En este sentido, la puesta en diálogo que el autor efectúa de las distintas tradiciones teóricas y culturales constituye un buen ejemplo del procedimiento crítico de la "fusión de horizontes" de inspiración hermenéutica. Pero, ¿qué riesgos se corren al ensamblar una lista de autores que resulta –reconocerá el lector– extremadamente heterogénea? Porque, si bien es cierto que es posible reunir a todos ellos a partir de la definición de una problemática específica, no deja de ser riesgoso hacerlo sin mayores recaudos. ¿No peligra con ello la densidad temática y conceptual de la problemáticas de cada uno de los autores?

Hacia el final, Chambers se ocupa de lo que, durante este tiempo, le ha ocurrido a la identidad del intelectual. En crisis la figura del intelectual vocero de lo universal, Chambers retrata a su sustituto bajo la figura del viajero, con un perfil cada vez más cercano, en lo que hace a su sensibilidad, al *del antropólogo* o del *etnógrafo*. Esa pareciera ser la marca de estilización de su práctica durante los últimos años. Sin embargo, entiende Chambers, esa estilización no debería ir en dirección de una "política de los

márgenes"; esta última, la mayor de las veces, conduce a reponer, aunque de manera invertida, el mismo esencialismo conceptual que pretende criticar. El autor dedica gran parte de su argumentación a poner en entredicho la noción de "autenticidad" en el sentido de que si bien ella ha permitido reintegrar a la cultura prácticas anteriormente condenadas al reino de lo primitivo o lo natural, ha dado lugar, en realidad, a no pocos intentos de restaurar formas culturales pretendidamente autosuficientes y reconocidamente intolerantes. Se trataría, en cambio, de una estilización en dirección hacia una "política de la diferencia". ¿En qué podría consistir? En subvertir todo

intento de encerrar una identidad social o étnica particular en algunas de sus propiedades, puesto que lo que está en cuestión es, precisamente, esa noción misma de propiedad. En último término, la estilística de una "política de la diferencia" residiría en el reconocimiento del carácter contingente y precario de toda identidad. En este sentido, y pese al pesimismo que ha provocado en algunos la llamada crisis de los fundamentos, Chambers encuentra en ella la posibilidad de un renovado optimismo; abolido todo esencialismo —entiende— queda abierta la posibilidad de todas las posibilidades.

*Alejandro Blanco*